

HABITAR LAS SOMBRAS: DERIVAS DE VIOLENCIA SISTÉMICA EN *PREGUNTAS FRECUENTES* DE NONA FERNÁNDEZ

Cecilia Ximena OLIVARES KOYCK*

- **RESUMEN:** El presente artículo tiene como objetivo analizar las derivas de violencia sistémica presentes en la novela *Preguntas Frecuentes* de Nona Fernández (2020) y sus formas de operar respecto a la cuestión de la literatura y el límite del discurso. Para ello, se observa la noción de violencia como un fenómeno constituyente de la producción literaria actual, subrayando la participación de la literatura como un agente que visibiliza las experiencias de violencia sistémica desde su carácter prospectivo y especular. Dicho acercamiento, se proyecta en atención al análisis del discurso literario, sus límites y posibles influjos como canal que revela el fenómeno de violencia. Asimismo, se analizará su potencialidad discursiva al indagar los nudos traumáticos de las experiencias en los sujetos y en los reflejos de la colectividad, apelando a la exploración de lo íntimo y lo público.
- **PALABRAS CLAVE:** Violencia sistémica; Discurso literario; Literatura chilena; Nona Fernández.

Devenir violencia

Entre los días, las noches y el universo en tránsito, la pulsión por contar el mundo ha atravesado el eje del tiempo. Diversas son las intenciones de plasmar lo acontecido, ya sea como una forma de recuperar las vivencias e inscribirlas en el espacio de la memoria, o el incesante intento de captura del presente como una forma de proyectar su devenir. En esta empresa, la literatura no se ha mantenido al margen. Desde luego, su accionar se ha volcado en forma intempestiva a la intención de reelaborar los hechos, forjarlos y llegar a una suerte de revelación en el espacio ficcional, al mismo tiempo que les otorga un lugar en su lectura presente. En este espacio, el ejercicio literario se abre a la condición de lectura e inscripción de la realidad y sus rasgos particulares, potenciando esta noción como una forma de asir pasado y presente por medio de la zona fisurada que constituye el discurso literario, siempre permeado por experiencias colectivas e individuales.

Entendiendo que su articulación temporal es un organismo fundamental para procurar su enlace y significación, el discurso literario se erige ante la inminencia de “una imagen irrecuperable del pasado que amenaza desaparecer con cada presente que

* Universidad Andrés Bello (Unab), Viña del Mar - Chile. Dra. en Literatura Hispanoamericana Contemporánea. ceciliaolivaresk@gmail.com.

Artigo recebido em 20/03/2023 e aprovado em 15/07/2023.

no se reconozca aludido en ella” (Benjamin, 2009, p.41). A la luz de la sentencia, la dimensión del texto cobra matices de captura, en tanto daría lugar al pasado citado en la página, a la vez que se sitúa como un enclave del presente a través de su inmanencia. El pasado se arrastra entonces, inevitablemente en el presente, astillando su cauce desde el origen a lo más níveo, desplegándose como nutrición, fuente de resistencia o como resto, constituyendo que quizá sea este un mecanismo a tener en cuenta para la lectura de una realidad que se enlaza desde el espesor histórico característico de la postmodernidad.

En ese espacio, la premura de componer y visualizar discursos que sitúen la evocación de vivencias de violencia como experiencia manifiesta y simbólica es entramada como el eje central de aquellas experiencias sociales imposibles de desaparecer y que, debido a su profundidad como fenómeno, son objeto de resistencia. Complejas de consignar a una única definición, las prácticas de violencia se encuentran permanentemente ligadas a los flancos de la historia, puesto que son sujeciones concretas de los diversos mecanismos que las constituyen, ya sea desde su carácter instrumental o como resultado del ejercicio de sí. Entonces, debido a su presencia y su mutación característica en tanto fenómeno, las experiencias de violencia se convierten en un móvil abierto por leer.

Aflora, sin embargo, un conflicto entre la lógica de su lectura y su ocultamiento, siendo el ejercicio de su revelación algo que permanece velado por el sistema que la crea y que, parafraseando a Baudrillard (2005), la instala bajo promesa de abolir su visibilización como uno más de los consensos. Pese a esta anulación denunciatoria, las experiencias demandan su enunciación y resistencia, asentándose en formas capilares y aparentemente invisibles bajo la alfombra de artificio que las cubre. Es por ello por lo que el presente análisis pulsa sobre la necesidad de su lectura como experiencia, su posibilidad de develación para generar una narrativa que permita dar cauce a los discursos y la memoria necesaria.

En este ámbito, la violencia se observa como una característica de flujo inscrito en el imaginario de *Preguntas frecuentes* (Fernández, 2020) a modo de reflejo epocal. Desde esta arista, la reflexión sobre el fenómeno se efectuará en sus cauces, movimientos y acciones casi siempre imprevistas, manifestándose como un tránsito irrestricto y desconocido, cuya inscripción deviene violencia. A partir de esta conceptualización, en este artículo se intenciona una lectura detenida de las derivas de violencia sistémica reflejadas en el imaginario literario de la novela, en consideración de los diferentes registros de representación, a saber, la fragmentación, la distorsión y el residuo como dispositivos para develar la violencia. Dicho acercamiento, se proyecta en atención al análisis del discurso literario, sus límites (Foucault, 1968) y posibles proyecciones como canal que revela el fenómeno de violencia, junto con su potencialidad discursiva al explorar los nudos traumáticos de las experiencias en los sujetos y en los reflejos de la colectividad, apelando a la exploración de lo íntimo y lo público (Pardo, 2013).

Respecto de la novela, *Preguntas frecuentes* (2020) relata a dos voces las vivencias del encierro producto del estado de confinamiento de la pandemia COVID 19, aguzando la mirada en la génesis de sus incidencias sociopolíticas, el desgaste físico y mental de las protagonistas, teniendo como telón de fondo una serie de instantáneas de un cotidiano vivido a través de las ventanas y los pasillos de un edificio ocupado por vecinos moribundos.

Sobre los trabajos relacionados con obra de Fernández, es posible aseverar que sus temáticas son bastante diversas tanto como son los universos revisitados en sus novelas. A raíz de esta observación, es preciso constatar que las investigaciones de índole académico respecto de sus obras se han destacado por su variedad, no así por su cantidad. Un primer análisis respecto de su obra es el nutrido por Areco (2015) en *Cartografía de la novela chilena reciente*, donde explora las nociones de hibridez en la novela *Mapocho* (2002), junto con sus vinculaciones al folletín. También es posible encontrar algunos artículos respecto a las sujeciones de lo político en sus obras, en donde destacan Milena Villegas con “Representaciones de la violencia y postdictadura chilena: una posibilidad de relato nacional en *Avenida 10 de Julio Huamachuco* de Nona Fernández” (2013) y Bernardo Rocco Núñez con “Representación de la historia del fracaso nacional en *El taller y Liceo de niñas* de Nona Fernández” (2016). También es posible encontrar artículos relacionados con los conceptos de memoria y residuo, tales como lo presentado por Luis Prado en “Formas residuales en la narrativa de Nona Fernández” (2018) y Carolina Parra con “La reconstrucción de la memoria familiar y la construcción de la identidad en *Mapocho* de Nona Fernández” (2014). Es posible constatar dos artículos de tipo referencial, como el de Mariela Peller “*La dimensión desconocida* de Nona Fernández” (2017) y Jordana Blejmar con “*La dimensión desconocida* de Nona Fernández” (2019), un artículo con relación al análisis de la imagen y violencia, de mi autoría “Imagen fotográfica, residuo y fragmentación para una narrativa de la violencia política en *Mapocho* y *La dimensión desconocida* de Nona Fernández” (2020), otros referenciados a memoria, afectividades e imaginarios sociales, “Memoria de la dictadura, hibridez y ambigüedad en *La dimensión desconocida*, de Nona Fernández” (2020) de Luna Carrasquer, “Afectividades y desplazamientos escriturales en la obra de Nona Fernández” (2021) de Mónica Barrientos, “La ciudad bicéfala: imaginarios sociales en *Mapocho* de Nona Fernández” (2021) de Ana Eva Rodríguez.

De acuerdo con el barrido anterior, es posible constatar que a la fecha no se cuenta con algún registro que encauce la temática de violencia sistémica en vínculo con la novela *Preguntas frecuentes* (2020).

Nona Fernández (1971) es actriz y escritora. Además de la obra seleccionada, ha publicado el volumen de cuentos *El cielo* (2000), las novelas *Mapocho* (2002), *Av. 10 de Julio Huamachuco* (2007), ambas ganadoras del Premio Municipal de Literatura, *Fuenzalida* (2012), *Space Invaders* (2013), *Chilean electric* (2015) y *La dimensión desconocida* (2016). Se suma el ensayo *Voyager* (2019). Como dramaturga, es autora de las obras *El taller* (2013) y *Liceo de niñas* (2016), ambas estrenadas por su compañía *La Pieza Oscura*. *Preguntas frecuentes* (2020) también estrenó su versión teatral.

Narrar/resistir

Bordear el mundo como una forma de encauzar el impulso por narrar, interrogar el *locus*, asirlo, reconstruirlo, interpretarlo, interpelarlo, entre tantas posibilidades más, constituye el eje central de la fuerza performática del quehacer escritural. En este aspecto,

la significación de una narrativa que permita establecer una amplitud reveladora respecto de los enlaces a los que remite, pareciese ser una característica distintiva de la narrativa chilena de la última década, en tanto su anclaje se posiciona en una escritura situada, ampliamente sostenida en el examen crítico de lo real.

Al alero del análisis de la novela híbrida propuesto por Macarena Areco (2015) donde las maneras de narrar y de leer el mundo suponen una transformación profunda en forma y fondo,

Dado el recorrido o la posta por los géneros, la fragmentación, la inconclusión, la desterritorialización, la pérdida de identidad y el exceso de intertextualidad, la apertura a distintos trayectos de lectura es un requisito que deben cumplir los lectores de estos relatos, en el bosque de formas discursivas y de códigos a los que se enfrentan en el capitalismo global. (Areco, 2015, p. 96).

En este aspecto, la extensión del cerco propuesto por esta amplitud en las formas de narrar, remite a las líneas temáticas de las obras, las formas y sus dispositivos, su estructura, su multiplicidad, impresiones, diseminaciones, géneros, transtextualidades y los límites posibles/pensables del discurso literario.

A partir de la comprensión de estas nuevas formas de narrar, es posible proponer la escritura literaria como un enlace crítico con la realidad, conexas a las derivas incipientes de la historia y los flujos sociales, siendo que, en particular, “[la novela híbrida] parece estar motivada por una serie de pérdidas y de ausencias que afectan la narrativa del capitalismo tardío” (Areco, 2015, p.96). La articulación del universo narrativo se enuncia como un gesto de inscripción, en tanto se concibe como un momento de resistencia a las vivencias remitidas en ella, constituyéndose como una práctica con marcas sociales y culturales profundas.

De la mano de la ficción, la ascensión de hechos de la realidad en el marco de la literatura se canaliza como un modo de plasmar una sucesión de referencias, incluyendo aquellas que no son encauzadas directamente en el plano de lo que llamamos abiertamente, real. Aspectado desde ahí, su ejercicio se convierte en una forma de develar los espacios otros que corresponden a las tramas que más allá de los muros alegóricos y que se han posicionado como imperceptibles desde su margen.

En tal sentido, la inscripción de las experiencias de violencia se remite como parte de aquellas emisiones que se corresponden con espacios sujetos a invisibilización, ya sea por el carácter instrumental de la violencia, consensos sociales del colectivo o los alusivos al plano de la intimidad, donde la experiencia no permite ser revisitada. Pese a que como fenómeno se encuentran enclavadas en el eje histórico, su enunciación se presenta como un proceso teñido de dificultad debido al trauma a menudo alojado en su reminiscencia. Pese a todo, la narración de la violencia se convierte en terreno de urgencia, como una manera de establecer espacios de reflexión crítica, así como la articulación de la memoria de los hechos. Como señala Sánchez Vásquez, las experiencias de violencia y sus reflexiones

Una y otra vez afloran, a lo largo de la historia de las ideas, sobre la naturaleza del hombre, sobre las vías del acontecer y del cambio histórico y, en general, sobre el comportamiento moral, político y social de los hombres y ello no sólo en las circunstancias excepcionales de las guerras y revoluciones, sino también en su intrahistoria -de acuerdo con la expresión de Unamuno- y en su vida cotidiana. (Sánchez Vázquez, 1998, p.9).

Debido a su pertenencia a una estructura mayor, los rudimentos de la violencia varían de acuerdo con los acontecimientos y a las necesidades que se tejen en torno a sí, haciéndola móvil según escenarios y procesos. En este aspecto, la propuesta de Hanna Arendt respecto de la violencia, se presenta a partir de su carácter y sus variaciones, en tanto “La violencia, en cambio, como todo medio, no tiene su fin —y por ende su justificación— sino fuera de ella misma” (Arendt, 2013, p.51), siendo sus posibilidades de acción las que se vinculan con el fin externo. Por ello, esta relación consignaría su instrumentalismo.

La manera en que se genera la lectura de sus formas remite necesariamente al desarrollo de una modalidad con tintes sistémicos, donde su examen se posiciona a partir de las diversas interrelaciones factuales que permiten comprender origen, manifestación y cauce del fenómeno de violencia, estableciendo una mecánica de lectura que se relaciona con su conjunto de signos para obtener una significación mayor. En este sentido, esta declaración se realiza bajo la premisa de que “Conocer las cosas es revelar el sistema de semejanzas que las hace ser próximas y solidarias unas con otras; pero no es posible destacar las similitudes sino en la medida en que un conjunto de signos forma, en su superficie, el texto de una indicación perentoria” (Foucault, 1968, p.49) y en el plano de la violencia esta noción conjunta permite establecer la profundidad de sus tramas y su alcance potencial. Es dentro de este marco donde se aloja la noción de la violencia siempre adherida a relaciones anteriores y al mismo tiempo afecta a derivaciones posteriores. Así, el enlace siempre latente de la violencia exige entrever su origen, en tanto,

La situación en la que tiene lugar un acto violento a menudo tiene su origen en el sistema, en la estructura sistémica en la que se integra. Las formas de violencia manifiestas y expresivas remiten a una estructura implícita, que el orden de dominación establece y estabiliza, pero que, sin embargo, escapan a la visibilidad. (Han, 2019, p.117).

De acuerdo con Han, este carácter se sitúa preliminarmente en la capacidad de ser observada o no, y con ello, establecer un efecto de desaparición de la violencia. Sin embargo, la violencia se encuentra situada en otros planos. Es el caso de la violencia sistémica acuñada por Žižek (2009, p.10) la cual se caracteriza por accionarse a partir de “las consecuencias a menudo catastróficas del funcionamiento homogéneo de nuestros sistemas económico y político”. Esta forma de violencia tiene la particularidad de contener un discurso a menudo encriptado en la normalización de los hechos de violencia en la sociedad, encauzado a través del ejercicio legitimado de la violencia por parte del Estado y los agentes que permiten la sujeción y mantenimiento del sistema neoliberal. En este

enclave, la violencia sistémica se encuentra facultada por las mismas instituciones que legislan e integran los mecanismos de violencia precedentes del sistema económico y político como parte de sus recursos instrumentales.

Bajo este precepto, la presencia y la persistencia de la violencia se vuelven un aspecto necesario de observar a partir de las experiencias, las cuales nos permiten invocar algunas luces sobre causas, efectos y consecuencias, para el caso de la literatura, desde los ojos de un otro. En este plano, el ejercicio de contar se vuelve una forma de resistencia, puesto que la constitución de este mecanismo en forma de narración yace en múltiples aristas, muchas veces construidas desde lo no visible. Y precisamente este punto es el que se abre espacio en la novela de Fernández al enunciar las numerosas instantáneas y alegorías de un mundo desprovisto de observación, donde la violencia prolifera en forma bulliciosa y silenciosa a la vez, desplazándose proclive a múltiples formas de mutabilidad.

Esta sentencia conjetura una suerte de dilución de las experiencias de violencias en el imaginario social, como una manera de velar los acontecimientos a fin de sostener otra forma de control social. Por una parte, las experiencias pueden ser solapadas por discursos que se cifan en propuestas de avance y crecimiento, convenciones que proponen la visión de una sociedad aparentemente libre de violencia, en base al ocultamiento de los hechos y/o a la invitación a un avance social que no suscribe lecturas del pasado. Son también parte de este ejercicio otras vertientes que generan su inconsciencia, destacándose entre ellas el mecanismo donde la experiencia de violencia se transparenta en base a su repetición y mediatización. Su instalación deriva en la continua sucesión y exposición del fenómeno en el cotidiano, lo que la vuelve habitual, aparentemente invisible.

Sumadas estas complejidades, el horizonte abarcado por la narrativa de las últimas décadas se ha vuelto un terreno escabroso, no obstante, estas tramas han permitido generar un movimiento sensible en la escritura a partir de la exploración de lo inenarrable, desde donde aparecen las experiencias de violencia. Pese a que “el lenguaje se propone la tarea de restituir un discurso absolutamente primero, pero no puede enunciarlo sino por aproximación, tratando de decir al respecto cosas semejantes a él y haciendo nacer así al infinito las fidelidades vecinas y similares de la interpretación” (Foucault, 1968, p. 49), su accionar constituye de todos modos, una apertura consciente de la realidad fracturada, extrayendo desde sus pliegues el acercamiento a la experiencia como clave alegórica.

Desde luego, si de algo tenemos certeza, es del carácter irreproducible de la realidad y en ese ámbito, la cuestión de la mimesis no conforma parte de estas reflexiones. Por tanto, la narración no se ofrece en un estadio duplicado, sino que, más bien, intenta recobrar los afectos disponibles como una manera de explorar precisamente aquello que la realidad no muestra.

En este juego de la representación el punto de origen se vuelve inasible. Hay cosas, las aguas y las imágenes, un remitirse infinito de unas a otras, pero ninguna fuente. No hay ya origen simple. Puesto que lo que es reflejado se desdobra en sí mismo y no sólo porque se le adicione su imagen. El reflejo, la imagen, el doble desdobra aquello que lo duplica. El origen de la especulación se convierte en una diferencia. (Derrida, 1971, p.48).

Quizá es este punto que revela Derrida el que dialoga con esta forma de representación, un continuo afán de desdoblamiento del lenguaje a través de una concatenación que remite a aquellas marcas que se encuentran —aparentemente— fuera de su continuo, pero que pese a todo interpelan el presente. El relato atiende entonces, la emergencia del verdadero encuentro con la alteridad, “consiste en referir el lenguaje al lenguaje; en restituir la gran planicie uniforme de las palabras y de las cosas. Hacer hablar a todo” (Foucault, 1968, p. 48), poniendo a disposición el acceso al imaginario no como un producto parásito de la realidad, sino que desde aquel espacio en donde los ojos del mundo no han conseguido entrar.

En este horizonte, la apertura a la experiencia se vuelve de llano al espacio de la intimidad, como una forma a menudo representada a partir de las mismas sujeciones del lenguaje. Es precisamente lo que necesita ser transmitido y cuyo lugar no es dado por las palabras, lo que se vierte en la página pues,

Lo que las palabras quieren decir (*la intimidad, las inclinaciones inconfesables*), eso no pueden decirlo, y por eso siempre detectamos en ellas un defecto, una carencia que hace que nos falten las palabras para decir lo que queremos decir. Esto que le falta a las palabras en su dimensión pública es, también, lo que en la intimidad les sobra: su sentido, el modo en que son sentidas [...] (Pardo, 2013, p. 60, cursivas del original).

En forma de umbral, la narrativa literaria conforma una apertura a estos terrenos aparentemente inabarcables del lenguaje, paradójicamente -pese al lenguaje- la construcción literaria logra un acercamiento a través de su discurso. Porque es posible que, a través de otra genealogía, la construcción del plano de lo íntimo en la narrativa -y me atrevo a conjeturar que en particular en la novela híbrida- se devele a partir de los diversos dispositivos que le permiten su cauce, abriendo generosamente los límites del discurso.

Es imperativo entonces, tener en mente a la pulsión del texto, cuyo flujo se desborda según el cauce desde donde se remite, aquel lugar donde habla ligando/desligando pasado, presente, identidades, visiones e historias disímiles, todas dislocadas de su lugar inicial para habitar el texto por la fisura, “De modo que la intimidad, más que presentarse como una condición del lenguaje, aparece como un efecto suyo” (Pardo, 2013 p.53). La narración nutre su tejido y difiere de toda noción reproductiva, puesto que enuncia/evoca desde la hebra que enlaza su fundamento y lo hace voz.

Con relación al horizonte de análisis de este artículo, la figura de la intimidad se vuelve protagonista al momento de leer la violencia sistémica, advirtiendo que

La emergencia del capitalismo industrial oculta a sus espaldas un larguísimo y gigantesco período de acumulación dineraria y de “liberación” de la fuerza de trabajo, la “sociedad de la información” como resultado último de los esfuerzos de la modernidad para producir entramados de sentido histórico y existencial esconde, en su trasfondo, un monumental trabajo previo, una fenomenal máquina de captura de la intimidad (Pardo, 2013, p.208).

La percepción de esta suerte de desposesión requerida por el sistema, conforma una importante clave de lectura respecto de las acciones que ocurren en el confinamiento pandémico, puesto que en razón de la “pausa” del sistema, pareciese ser que algunos espacios del terreno de la intimidad se vierten como un modo de resistencia, al mismo tiempo que en paralelo terminan por extinguir toda forma de espacio otro, replicando al unísono lo íntimo/público.

Entonces, la violencia sistémica se enlaza necesariamente a estas transformaciones. Su enunciación versa sobre la intención de entrever algunos hilos desde el foco de lo visible y desde lo que podría catalogarse como invisible, ambas vertientes legitimadas por el sistema. Desde este punto, el análisis a continuación busca significar ambas perspectivas de un mismo fenómeno, puesto que el tejido social expuesto en la narración confluye en diversas representaciones, teniendo en común la urgencia por la denuncia, en un carácter apegado a la necesidad de justicia, convirtiendo al espacio literario en una inacabable reflexión sobre lo íntimo, lo indecible y el trauma, inscrito en diversas dimensiones de valor afectivo dispuestas en las experiencias de los personajes.

Revelar lo invisible

Mientras que la sociedad chilena se encontraba anclada sin tregua al sistema neoliberal, ampliando cada vez más sus promesas y sujeciones de bienestar unidas al consumo, estableciendo curiosas estrategias gubernamentales a fin de mantener la débil llama del progreso -como una suerte de reflejo paradójico del proyecto capitalista-, el carácter desigual y paradójico del sistema se hace virus. Desde una aparente lejanía, el trayecto del virus COVID-19 no tardó en llegar a Chile, diseminando no únicamente el contagio sino toda la transformación que le secunda

El virus revela por sí mismo un mundo que desde hace largo tiempo ya experimenta el desconcierto de una mutación profunda. Lo que está en juego no es solamente la organización de las dominaciones, es todo un organismo el que se siente enfermo, es una seguridad obstinada en la creencia en el progreso y en la impunidad de la depredación, que es cuestionada, sin que no obstante se presente ninguna convicción nueva en la posibilidad de habitar humanamente el mundo. (Nancy, 2020, p. 9).

A la luz de la reflexión de Jean Luc Nancy, la aparición de la pandemia transita en un espacio de complejidad progresiva, en tanto marca la decadencia de un sistema críticamente desgastado, cuya crisis intempestiva subraya ampliamente su fragilidad. La aparición del virus se sitúa como un cúmulo de paradojas propias de la inestabilidad sistémica en que se aposta, al mismo tiempo que las vuelve un foco crítico, extremando su alcance a los sectores más desposeídos y golpeados por el sistema. En este aspecto, “El coronavirus como pandemia es en verdad, desde todo punto de vista, un producto de la mundialización” (Nancy, 2020, p. 13), una suerte de extensión invisible de la desigualdad en un contexto dominado por la lógica de mercado.

En las páginas de Fernández, la violencia se arrastra aparentemente invisible, impalpable, etérea, instalándose en el cotidiano como un manto de humo, a expensas del tedio y la rutina. Se inscribe en lo repetitivo, lo que pareciera ser mera costumbre y bajo esta premisa, la lleva a un escenario que permite otra mirada, desde donde es posible encontrar los retazos mediante símbolos que aparecen desde el espacio del residuo y la fragmentación, como una forma de canalizar las narrativas de violencia.

Así, el discurso posible de la experiencia de violencia sobrevuela las posibilidades netamente narrativas, rompiendo esquemas inscritos en el propio *continuum* histórico en el que se sitúa, aislándose de una necesidad de espejar la historia. La instalación de las voces de la violencia sistémica funda la puesta en escena de la historia, abriendo un modo de representación inscrito desde el margen y por el margen, donde el discurso está sostenido por fragmentos, tomándose de la narrativa como un mecanismo de representación que permita resistir. Fernández en su narrativa urde retazos como quien recolecta fragmentos de tela para crear un edredón, que entrelazados entre sí propician una imagen posible, un acercamiento silencioso a un trauma siempre latente por su herida.

Con una narración situada a partir de las imágenes aparentemente inconexas de un accidente de tránsito, y el diálogo entre N y A entrecruzándose a la sombra del confinamiento producto de la pandemia COVID 19, la voz narrativa apela a experiencias de violencia sistémica instaladas en el cotidiano y la fundación de como mecanismos de control de la población en Santiago de Chile, como parte de las vivencias de la pandemia.

Desde la incertidumbre como eje principal del relato, la angustia se teje a partir de la reconversión de la realidad a cuatro paredes, en donde se mezclan los relatos de dos mujeres. Los discursos se instalan desde la noción de la violencia sistémica, en donde “es, por tanto, algo como la famosa ‘materia oscura’ de la física, la contraparte de una (en exceso) visible violencia subjetiva” (Žižek, 2009, p. 10) dispuesta por la precariedad del encierro y las carencias económicas que parecen asentarse día a día:

Es tremendo lo que cuentas de los trabajadores independientes, pero el abandono es anterior a esta crisis. Desde siempre el *boletariado* tiene que arreglárselas por su cuenta en caso de cesantía, vejez, enfermedad o, ahora, pandemia. Son los fantasmas del sistema [...]. Está lleno de gente cesante. Somos un gran ejército de mano de obra encerrado, masticando la incertidumbre. (Fernández, 2020, p.18-19).

Con la fragilidad económica auestas, la sensación de tedio y dolor comienza a generar un espacio de reconocimiento de la vivencia como trauma, en tanto la realidad ha sido amputada desde sus ejercicios personales y sociales. El estado de confinamiento establece un punto de encierro físico y mental insostenible que hiere la rutina, incorporándose como una lesión que se abre a medida que pasan los días.

Como suma a la angustia individual, el espacio de la narración avista la denuncia de los mandatos gubernamentales que alzan vista gorda frente a las necesidades de los ciudadanos. Tras el espacio de paredes de sus hogares, los habitantes de la ciudad esconden el dolor padecido frente al ahogo de la pandemia, cruzando sus dolencias de continua amenaza del virus mortal, mientras el discurso oficial de los medios se establece como otra estrategia más:

En las noticias y en los comerciales nos dicen que aprovechemos el tiempo, que esta pausa puede ser un momento de introspección, de apertura de conciencia. Que leamos, que meditemos, que estudiemos, que ordenemos nuestras vidas para luego retomarlas en paz, renovados. Que experimentemos esta verdadera reconversión. Como si estuviéramos en un retiro espiritual. Como si esto fuera vacaciones y alguien financiara el encierro. Como si vivir reclusos entre cuatro paredes fuera algo agradable. (Fernández, 2020, p.20).

La voz narrativa denuncia el hastío del confinamiento, que no conforme con el trauma de la pandemia se declara, además, como un tiempo de introspección en estrecha comunión con el ideario del capital, en un mundo en donde el dolor no se nota, no se mira y no se toca. Entre el encierro y los cuerpos enfermos invisibilizados, la proclama es vivir el confinamiento como un espacio de confort, consumo y una suerte de oportunidad de reconstrucción. Exponiendo la tesis de que “El sujeto sometido no es siquiera consciente de su sometimiento. El entramado de dominación le queda totalmente oculto. De ahí que se presuma libre” (Han, 2014, p.28), las propuestas de emancipación espiritual dispuestas en las imágenes sociales proyectadas por televisión se enclavan en la idea de presunción de libertad y manejo de una temporalidad excepcionalmente beneficiosa para las personas en este tiempo “libre”.

La supuesta pausa vital anunciada por los medios de comunicación no tiene asidero en la realidad. Los acontecimientos se desarrollan en pos de una rutina con olor a duelo, una sucesión de hechos calcados al día anterior. El sistema viralizado se disloca y “Brutalmente, lo que parecía inimaginable, inalcanzable, un virus lo hizo acaecer: la “máquina”, el “sistema” con tanta frecuencia incriminado, pero nunca desmontado, está casi detenido” (Nancy, 2020, p. 87).

En este espacio el tiempo parece muerto, anulándose la noción del día y la noche, junto con el pasar de los días. La protagonista se levanta, riega las plantas, les habla, les conversa, a fin de encontrar algún resquicio que permita una relación vital. De fondo, la ciudad se permea con la violencia del ruido y la muerte que parece inundarlo todo:

Por lo menos una vez al día pasa alguna ambulancia frente al edificio. Cada vez son más. Si no es tan tarde algunos salen y aplauden. Es un rito que irrumpe cualquier acción, incluso las peleas y desmadres de mis vecinos de arriba. No soporto sus sirenas, chillan como buitres. Anoche una se detuvo en la esquina. (Fernández, 2020, p. 31).

El condicionamiento vivenciado por los confinados transparenta otra forma de la violencia, aquella que “toma una forma psíquica, psicológica, interior. Adopta formas de interioridad psíquica. Las energías destructivas no son objeto de una descarga afectiva inmediata, sino que se elaboran psíquicamente” (Han, 2019, p.15), que se vacía en Fernández cuando expresa:

La luz de la baliza teñía los muros de la cuadra de rojo. Un par de paramédicos se bajaron enmascarados y entraron a uno de los edificios nuevos. Son torres enormes.

Ahí vive mucha gente, más de la que debiera. Imagino lo que deben ser los gritos y los portazos. A los pocos minutos los paramédicos salieron con el cuerpo de una mujer en una camilla. Era el cuerpo solitario de una mujer. (Fernández, 2020, p. 31).

La violencia silenciosa se posa sobre la cotidianidad de los inquilinos en una suerte de ghettos verticales, tiñendo la cuadra de rojo. La presencia del virus condiciona las vidas de los habitantes a través del ruido de las sirenas y el constante retiro de cuerpos vacía progresivamente los edificios, inicialmente atestados de gente;

[...] la pandemia hace surgir una muerte olvidada: ni aquella de las enfermedades conocidas, ni aquella de los accidentes, ni aquella de los atentados. Una muerte que merodea por todas partes, que puede desafiar todas las protecciones. Estamos muy lejos de las situaciones de guerra o de guerrilla permanente, de una hambruna, de un desastre nuclear u otro, pero en efecto estamos cerca de una obsesión -en el sentido propio, primigenio- de la muerte que no nos era ya familiar desde hace mucho tiempo. (Nancy, 2020, p. 74).

La permanencia de la muerte se apostea y la imaginaria de un cotidiano anterior se vuelve un aspecto residual, cada vez más difuso entre las situaciones de la pandemia, decapitando atiborrados escenarios sociales de la ciudad, transformándolos en un proceso de ir hacia adentro, como una luz que se apaga de pronto. La ciudad apaga las luces más conocidas, para dar paso a nuevas construcciones de sentido y de espacios, puesto que más allá del caos, la búsqueda de puntos de sentido se convierte en necesidad.

Alojados en la pandemia, la instalación de la emergencia se vuelca sobre los ciudadanos, transformando la realidad en acontecimiento, puesto que “la tensión negativa entre el adentro y el afuera es constitutiva del estado de excepción” (Han, 2019, p.189). Lejos de visibilizar algún proceso de liberación, las acciones gubernamentales interfieren visiblemente en las personas, volviendo las consecuencias del estado de catástrofe como parte residual de la rutina.

Con un mar de preguntas sin resolver, el gobierno lanza la publicación de un apartado de preguntas frecuentes, en donde se grafican imágenes de situaciones vividas durante la pandemia. La instalación de estas imágenes atomiza la narración, a la vez que fragmenta el imaginario y lo vuelca en relatos paralelos, subrayando los espacios de violencia naturalizada:

PREGUNTAS FRECUENTES:

Asesoras del hogar que trabajan puertas adentro han denunciado que las obligan a quedarse en los lugares de trabajo en zonas de cuarentena. ¿Puede el empleador obligar a la trabajadora de cada particular a quedarse en el lugar de trabajo?

Nadie puede obligar a alguien a permanecer encerrado en un lugar.

Gobierno de Chile. (Fernández, 2020, p. 26).

En este escenario, la diégesis abre paso a la observación de la realidad desde el parapeto reducido que otorga el confinamiento. La visión de A se vuelca en forma obtusa hacia un mecanismo de sobrevivencia anclado en su ventana, desde donde por momentos la perspectiva de la realidad y de la violencia se amplía:

En bolsas plásticas van recolectando lo que les sirve sin importar si está infectado o no. Huesos de pollo, cáscaras de fruta, restos de comida. Tienen hambre, gritan [...] detrás de cada una hay niños, hombres, abuelos, familias enteras que dependen de lo que ellas logren juntar en cada salida. Es una verdadera cosecha de limosna y basura [...]. Cuando pasan los helicópteros se esconden de sus luces y huyen como cucarachas. Se desperdigan, desaparecen entre los edificios [...]. No existe permiso alguno que autorice a recoger sobras de la basura. (Fernández, 2020, p.43).

Tras el desgarrador escenario del hambre producido por el cierre del comercio y los puestos laborales, los que agudizan la precaria situación de los ciudadanos, la narrativa de Fernández exhibe imágenes sensibles vivenciadas en la pandemia, volviéndose un relato político, colectivo y doloroso, haciendo presente las dolencias invisibles del tiempo fuera pandémico, contrastándolo con los discursos hilarantes de la televisión.

En este ámbito, el establecimiento de la violencia como parte del cotidiano versa sobre la inconciencia de la relación de poder, en tanto que “La violencia simbólica pone a un mismo nivel la comprensión de lo que no es y la conformidad con el poder. Consolida la relación de dominación con gran eficacia, porque la muestra casi como *natural*, como un hecho, un *es-así*, que nadie puede poner en duda” (Han, 2019, p.119, cursivas en el texto original) y, como se visualiza en la cita, este aspecto afianza la relación entre violencia y cotidiano, instaladas a partir de las condiciones dadas por la pandemia, estableciendo límites difusos entre las medidas sanitarias y la vigilancia.

La instalación de un estado de excepción encripta el ambiente, sellando las salidas y estableciendo la disolución de la normalidad como una forma de poder. La ordenación de dispositivos de control social tales como los permisos de salida, aumentan la fragilidad de las circunstancias atentando contra la autonomía individual y el desarrollo de la vida social, lo que se instala como un desgaste en el ya incierto panorama descrito por la cuarentena. A medida que transcurre la narración, las perspectivas del tiempo se aplanan, en vista que, en conformidad con lo establecido, todo desaparece, tiempo, luz y oscuridad se vuelcan a sí mismos, volviéndose conjunto de imágenes fragmentarias de la penumbra pandémica:

Se llevaron a la niña de arriba al hospital. La escuché toser noches enteras. Una ambulancia pasó por ella entremedio de los aplausos del barrio. Dejé un hedor a yodo insoportable en la cuadra completa. Sé que es imposible, pero yo lo siento desde que se fue. Quedó impregnado en las paredes del edificio, en las de mi propio departamento, en mi pelo, en mis manos. Sus padres no han vuelto. ¿Estarán contagiados también? No sé cuánto tiempo ha pasado de eso, pero la falta de sus gritos se hace difícil. También la de su llanto, su vocecita reclamando hasta dormirse. Me debo a ese llanto. Me debo a cada sonido de este circuito cerrado en el que estoy. (Fernández, 2020, p.44).

El avance de los días de la pandemia va generando transformaciones en el discurso, generando una fragmentación en el relato, a través de manifiestos del miedo que avanzan lentamente hasta internalizarse dentro del personaje, en conjunto con la anulación del cuerpo, puesto que pasa a ocupar un único lugar en el encierro, mientras se le amenaza con la muerte inminente.

En sincronía con una diégesis que comienza a silenciarse al unísono con el cuerpo, la conciencia del paso del virus acrecienta la inseguridad, la pulsión de muerte y desconcierto, acorde con las *Preguntas frecuentes* que, abriéndose paso entre las páginas, se convierten en una dura crítica a la burocracia y a sus mecanismos de control, mezclando en el borde del lenguaje el íntimo estado de miedo, junto con las posibles orientaciones gubernamentales del confinamiento:

PREGUNTAS FRECUENTES

¿Es normal soñar con ataúdes?

Sólo si se ha solicitado el permiso.

Gobierno de Chile. (Fernández, 2020, p. 59).

El discurso y el miedo se encriptan como uno solo en la página, atendiendo a la incomodidad de una conciencia residual sobre las formas de violencia, manifiestas en el afán de orden y dominación del gobierno. Con el colapso entendido como una finalización, los diálogos de N y A se difuminan entre sirenas y camillas, la sucesión de fragmentos de incertidumbre individual y colectiva ante una pandemia que no tiene control, respuesta ni fin:

¿Es normal que mi ambulancia se detenga?

¿Es normal que estemos estacionados aquí durante horas?

¿Es normal que haya una fila larga esperando frente al hospital?

¿Es normal que no haya espacio para todos allá dentro?

¿Es normal que no sepan qué hacer con nosotros?

¿Es normal que el tiempo se haya hecho pedazos? (Fernández, 2020, p.75).

El cúmulo de preguntas se cierne sobre una realidad congelada en sí misma, enmarcada en estadios de violencia capilar que se funden con la peligrosa instauración de un cotidiano. El escenario de catástrofe se vuelve terminal y provoca una tensión dolorosa en la diégesis, puesto que nada se mueve y a la vez todo se acaba. Con la muerte como única raíz probable, el imperativo de la desesperación se abre paso en forma de pregunta sin respuesta, nutriéndose de la inmediatez de un presente que no se enmarca en ningún futuro posible:

Hoy juntamos rabia y pena.

Hoy somos un ejército encerrado e insomne que vela sus armas con todas las preguntas que hemos acumulado. Porque al salir de aquí las dispararemos en busca de respuesta.

Y venceremos. (Fernández, 2020, p.90).

Preguntas Frecuentes entabla una forma de denuncia en fragmentos paradójicos, donde el encierro es la protección y al mismo tiempo la anulación del sujeto agónico en la diégesis, apropiándose de las voces de quienes no puede observar, tocar ni oler. El develamiento de estas voces confabula una declaración final situada como un posible regreso a las calles, a la insurrección y a la presencia como revelación, interpelando quizás, a un futuro posible fuera del encierro, un espacio donde canalizar el duelo, la rabia y las preguntas.

La narrativa pulsa el encuentro con la visión de los rastros de las memorias de violencia política, al mismo tiempo que reconstruye de tal manera los escenarios invisibles de las experiencias siempre revisitadas en sus páginas, como una forma de exponer y reflexionar sobre las múltiples referencias a los delitos de lesa humanidad contenidos en su narrativa, así como el efecto grabado del vacío de la memoria que las remite.

En este ámbito, los relatos restauran las experiencias como una forma de atender a su trascendencia, dejando aflorar los conflictos propios de la historia oficial y los relatos más íntimos desprovistos de voces que acunén sus dolencias. La obra toma el peso de la historia y la trasluce en un escenario ficcional como una forma de resguardar la posibilidad de un juicio histórico que apele a la justicia y a la edificación de una literatura que no niegue a la memoria en sus páginas.

Cierre

Preguntas frecuentes de Nona Fernández (2020) expone una compleja realidad que permanece, abriendo en su obra un espacio de resistencia consciente ante los tiempos que transitamos. En este espacio reside, sin lugar a duda, el carácter significativo de la literatura como discurso situado que canaliza la complejidad del decir, extendiendo en un plano generoso las experiencias de violencia, las voces del trauma y el espacio de intimidad que le es propio.

Al mismo tiempo, la proyección del trabajo literario como una expansión de los límites del decir, abre significaciones relacionadas con ámbitos político-sociales de profundidad, como son los que atañen a la violencia contemporánea y sus numerosas transformaciones topológicas, en particular los que para este artículo las relativas a la violencia sistémica. La transmisión de las experiencias de violencia sistémica no solo levanta las enunciaciones de lo vivido, sino que, además, colabora en la necesidad de generar un proceso discursivo sensible al trauma y sus metrallas, instalando un espacio crítico de denuncia y anclaje de aquello que creemos no ver.

Estrechamente vinculada a la trama social, la constitución de una literatura situada permite la visibilización de la violencia en la narrativa, suponiendo además una reformulación, considerando en palabras de Hugo Achugar (1997, p.59),

[...] que las experiencias de vida vinculadas al fenómeno de la violencia encuentran en la literatura modos singulares de simbolización y puesta en relato, y por el otro, que dichas experiencias articuladas con los procesos histórico-sociales nos

permitirán entrever la situación de enunciación desde una determinada posición, locación y memoria relato, y por el otro, que dichas experiencias articuladas con los procesos histórico-sociales nos permitirán entrever la situación de enunciación desde una determinada posición, locación y memoria.

En este sentido, la enunciación de los discursos de violencia como rasgo constituyente de la producción literaria actual, remite a los procesos sociales tanto del pasado como del presente y cómo estos se articulan dando claves para la comprensión sensible del porvenir, otorgando una perspectiva de observación crítica que subraya la participación de la literatura como un agente que visibiliza las experiencias de violencia, inscribiendo un espacio de reflexión y reconocimiento que emplaza su énfasis analítico desde una perspectiva global del fenómeno de violencia sistémica, donde la escritura permite dar voz al fenómeno a menudo silenciado por su inscripción en el sistema neoliberal, accionando importantes reflexiones para la comprensión del periodo, sus atomizaciones y proyecciones.

OLIVARES KOYCK, C. X. Inhabit the shadows: Drifts of systemic violence in *Preguntas frecuentes* by Nona Fernández. **Revista de Letras**, São Paulo, v. 63, n.1, p. 27-42, 2023.

- **ABSTRACT:** *The objective of this article is to analyze the drifts of systemic violence present in the novel Preguntas frecuentes (2020) by Nona Fernández and its ways of operating regarding the question of literature and the limit of discourse. For this, the notion of violence is observed as a constituent phenomenon of current literary production, underlining the participation of literature as an agent that makes visible the experiences of systemic violence from its prospective and specular nature. This approach is projected in attention to the analysis of literary discourse, its limits and possible influences as a channel that reveals the phenomenon of violence. Likewise, its discursive potentiality will be analyzed by investigating the traumatic knots of the experiences in the subjects and in the reflections of the community, appealing to the exploration of the intimate and the public.*
- **KEYWORDS:** *Systemic violence; Literary discourse; Chilean literatura; Nona Fernández.*

REFERENCIAS

ACHUGAR, H. Leones, cazadores e historiadores, a propósito de las políticas de la memoria y del conocimiento. **Papeles de Montevideo**, Montevideo, n.1, p. 59-70, 1997.

ARECO, M. **Cartografía de la novela chilena reciente**: realismos, experimentalismos, hibridaciones y subgéneros. Santiago de Chile: Ceibo ediciones, 2015.

ARENDT, H. **Sobre la violencia**. Madrid: Alianza Editorial, 2013.

- BAUDRILLARD, J. **La agonía del poder**. Madrid: Círculo de Bellas Artes, 2005.
- BENJAMIN, W. **La dialéctica en suspenso**: Fragmentos sobre la historia. Santiago de Chile: LOM, 2009.
- DERRIDA, J. **De la gramatología**. México: Siglo XXI Editores, 1971.
- FERNÁNDEZ, N. **Preguntas frecuentes**. Santiago de Chile: Alquimia Ediciones, 2020.
- FOUCAULT, M. **Las palabras y las cosas**: una arqueología de las ciencias humanas. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1968.
- HAN, B. C. **Topología de la violencia**. Barcelona: Herder, 2019.
- HAN, B. C. **Psicopolítica**. Barcelona: Herder, 2014.
- NANCY, J.-L. **Un virus demasiado humano**. Buenos Aires: Ediciones La Cebra, 2020.
- PARDO, J. L. **La intimidad**. Valencia: Pre-Textos, 2013.
- SÁNCHEZ VÁZQUEZ, A. (ed.). **El mundo de la violencia**. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1998.
- ŽIŽEK, S. **Sobre la violencia**: seis reflexiones marginales. Trad. del inglés de A. J. Antón Fernández. Buenos Aires: Paidós, 2009.